

LA GUERRA DE LOS TELECOM

UNA mañana de 1960, cincuenta kilos de chatarra y de electrónica miniaturizada fueron propulsados a 36.000 kilómetros de altura por un «booster» norteamericano, llamado también cohete. Algunas horas más tarde tuvo lugar la primera retransmisión intercontinental de un programa televisado a través de un nuevo satélite artificial bautizado con el hermoso nombre de «Telstar».

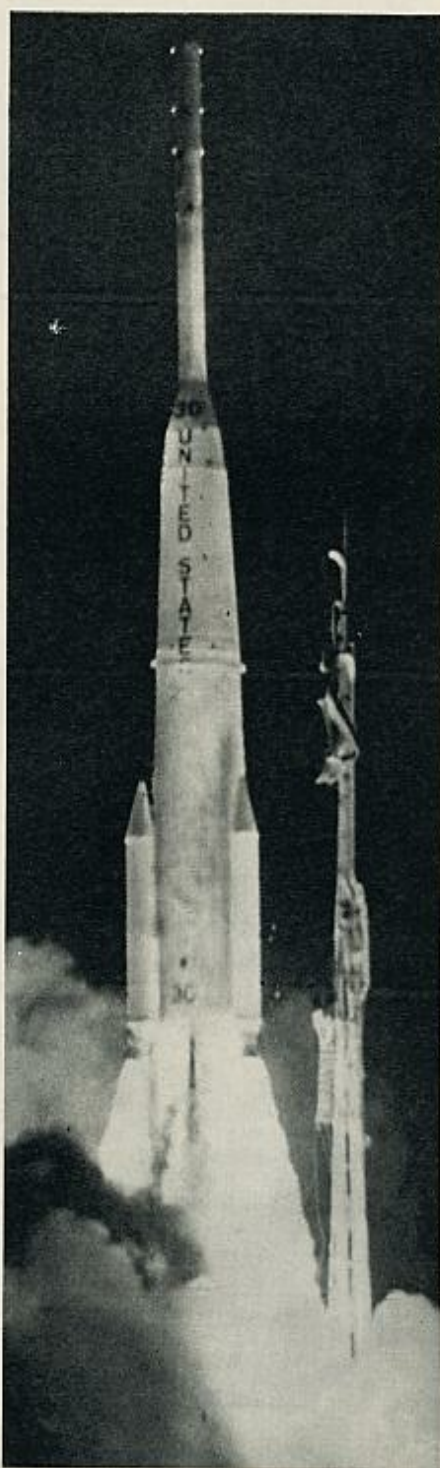
Entusiasmo inmediato. El mundo de la técnica comprobó qué fantástico instrumento acababa de ser ofrecido a la humanidad. Por fin, se pensó, había llegado la etapa de la información inmediata en una época en que reina la información. Era la puerta abierta a la educación masiva de los pueblos subdesarrollados por medio de una enseñanza audio-visual dispensada por las grandes naciones industriales. Para aquéllas, el satélite de telecomunicaciones significaba el contacto permanente, los cambios continuos, una especie de teléfono rojo para el consumidor medio.

Hace falta, dijeron las Naciones Unidas, labrar en común los recursos y edificar todos juntos una red mundial a la cual tengan acceso todos los que lo deseen.

en directo

Seis años han pasado y la red mundial soñada por los sabios de la ONU y de la UNESCO no existe todavía. Las dificultades no han venido de la técnica. Un satélite de telecomunicaciones no es ni más ni menos que un revelador electrónico un poco elaborado. En el estado actual de la ciencia, serían suficientes tres satélites emplazados sobre una órbita circular y regularmente espaciados, de 120 grados, para dirigir no solamente los principales programas radiofónicos y televisados sino igualmente el conjunto de tráfico telefónico, telegráfico y de telex, del planeta. Completado por dos satélites dotados de un equipo para arreglar las averías, un sistema semejante sería de una extraordinaria rentabilidad. Los cálculos demuestran que una inversión de 300 millones de dólares durante diez años reportarían 700 durante el mismo período. Pero tocamos uno de los obstáculos responsables del fracaso del proyecto de las Naciones Unidas: las finanzas y la política.

Una red de comunicaciones espacial que cubra todo el globo es también el arma política más fantástica de todos los tiempos. Se conoce por experiencia la importancia que le han concedido a la televisión los gobiernos de todos los países. Porque, en algunos meses, será posible proporcionar a los satélites la suficiente energía



eléctrica para que puedan pasar de las estaciones en el suelo, como la de Plomcur-Bodou, que se encarga actualmente de amplificar las débiles señales que nos envía «Early Bird» y gracias a las cuales los gobiernos ejercen un control sobre las emisiones que llegan a su territorio. Mañana, eso será «estudio de la antena individual». Pero esta televisión, directa, no está hecha para que guste a todo el mundo.

James bond

Discretas reuniones de juristas internacionales están comenzando a elaborar un «código de telecomunicaciones espaciales» que nos ponga —provisionalmente— al abrigo de este género de sorpresas. Las negociaciones han necesitado mucho menos tiempo que las de desarme y por una vez la unanimidad se ha realizado en los dos bloques. Hay cosas con las cuales no se puede andar con bromas.

La utilización actual de los satélites «telecom» es exclusiva de los ejércitos. También en este punto los dos bloques están de acuerdo. En los Estados Unidos se les llama «Discover», «Transit», «Samos»; en la Unión Soviética se utiliza el solemne lenguaje de la larga serie de los «Cosmos». Igual que sus desdichados homólogos «civiles», el ruso «Molnya» y el norteamericano «Early Bird», los satélites en uniforme aseguran la transmisión de imágenes e informaciones de todo tipo.

Algunos aseguran, por ejemplo, la transmisión de la totalidad de las comunicaciones telefónicas o por telex entre Washington y sus «enviados» en el Vietnam. Se evita así la indiscreción de eventuales cuadros de escucha. Los satélites espías hacen el trabajo de un ejército de «super James Bond», pero, ¿se sabe que los agentes instalados en territorio «hostil» comunican hoy directamente con sus jefes, vía el satélite? El pequeño «Vela hotel», joyita de la electrónica miniaturizada, está especializado en la detección de explosiones nucleares. Puede informar instantáneamente a una base en tierra a más de cien kilómetros de distancia. Ciertos satélites captan las conversaciones telefónicas o radiofónicas. La marina norteamericana dispone de ingenios que pueden detectar a submarinos que surquen el Atlántico o a dos personas separadas por miles de kilómetros. Igualmente pueden localizar la posición de cualquier avión o navío con una precisión del orden de medio kilómetro.

Aún hay más. Algunos ingenios no sólo llegan a fotografiar hasta en sus detalles mínimos un cohete emplazado sobre área de lanzamiento,

LOS SATELITES ARTIFICIALES PROPAGANDISTAS Y ESPIAS

Es en el campo militar donde hay que buscar la utilización actual de los satélites artificiales dedicados a comunicaciones. Los satélites espías hacen el papel de un ejército de "super James Bond" en favor de Moscú o de Washington.

sino que su delicada maquinaria es igualmente capaz de evaluar la producción de fábricas atómicas, como la de Pierrelatte, calculando la cantidad de radiaciones que emite. Los satélites geodésicos realizan mapas geográficos de una precisión tal que permite a los misiles atómicos alcanzar su objetivo, al kilómetro, después de un viaje de más de doce mil. Todos estos aparatos consumen mucha energía y, desde hace algunos meses, se ha comenzado a equiparlos de mini-reactores nucleares que emiten con una potencia superior al kilowatio. Se piensa que en 1969 los satélites espías podrán prescindir definitivamente de las estaciones de amplificación terrestres.

el pastel

Estos ejemplos militares permiten comprender fácilmente el interés que las grandes empresas industriales tienen sobre el porvenir de las telecomunicaciones espaciales. Mejor que los soñadores de las Naciones Unidas, pretenden superar los obstáculos políticos para impulsar el nuevo Pacto. Los hombres de negocios han recogido la idea de una red mundial, pero su fin es aparentemente comercial. Pertenecen, entiéndase bien, a la potencia industrial más rica, es decir, a USA.

En primer lugar, figura la poderosa «American Telegraph and Telephone» (capital 33 millones de dólares). En algunos meses, la firma obtuvo del gobierno federal el dominio y la gestión del programa norteamericano de telecomunicaciones espaciales; controlaba ya el 60 por ciento del tráfico interior norteamericano. ATT adquiere la mayoría de una nueva sociedad privada creada para la ocasión, la COMSAT. Pero, «como para telefonar hacen falta dos», había que hacer una llamada a las otras naciones del mundo. La COMSAT propuso establecer una red mundial de telecomunicaciones, ofreciéndose no sólo a asegurar la construcción sino igualmente la explotación y la gestión.

En efecto, esta proposición se hizo de modo

imperioso: «En diez años —profetiza la COMSAT— detentaremos el monopolio mundial». Su único rival serio era la Unión Soviética, que parecía poco interesada en la cuestión; las otras naciones industriales preguntaron cuál sería su parte en el pastel. Astutamente la COMSAT determinó la participación de cada país según su proporción en el tráfico mundial. Se trataba de tomarlo o dejarlo. Los Estados Unidos se adjudicaron así una mayoría absoluta del 62 por ciento frente a Europa, que no sobrepasaba el 30,5 por ciento. Inglaterra debía contentarse con 8,4 por ciento, Francia y Alemania Federal un 6,1 por ciento. La llegada tardía de países del Tercer Mundo reduciría todavía más esta proporción. La Unión Soviética, a la cual se le había adjudicado una parte del 1 por ciento, se desinteresó; no se tomó ni siquiera la pena de responder.

Así, la COMSAT se vio desembarazada del único rival que juzgaba peligroso.

los europeos

En 1965, USA ha llegado a ser dueña y soberana de las futuras telecomunicaciones. Los otros países se ven simplemente reducidos a financiar una industria que no es la suya, esperando que la COMSAT quiera dejarles, de vez en cuando, algunas migajas de su festín. Porque se trata de un auténtico festín. La vida de un satélite se calcula en cinco años. Los expertos industriales aseguran que su precio de costo se amortiza desde el tercer año; los beneficios posteriores son netos. Se los valora según una tasa que varía del 50 al 200 por ciento, según la duración de vida del ingenio. Esa tasa irá sin duda aumentando a medida que los equipos de reparación, semejantes al último equipaje del Géminis X, puedan llegar al lugar donde esté el satélite, con el fin de reemplazar el aparato defectuoso.

Estas consideraciones no han escapado a las naciones europeas y explican en gran parte el reciente salvamento de la organización ELDO.

ELDO se propone, en efecto, realizar antes de 1970 un lanzamiento pesado, «el cohete europeo», capaz de situar sobre una órbita alta (a 36.000 kilómetros de la tierra) un satélite de más de 150 kilos (peso del «Early Bird»: 50 kgs.). Un ingenio semejante permitiría no solamente escapar a la increíble tutela de la COMSAT —que nadie acepta con alegría—, sino que además permitiría a Europa construir «su» propia red espacial.

Un reciente proyecto francés, comunicado a todos los gobiernos europeos, muestra que un satélite de telecomunicaciones instalado encima del Mediterráneo evitaría no solamente los innumerables relevos necesarios para retransmitir los programas televisados sobre el conjunto del territorio, sino que igualmente podría poner a su cargo todo el tráfico europeo telegráfico, de telex y telefónico, comprendido el que existe entre Europa y África. En Francia, organismos tan serios como el Centro Nacional de Estudios de Telecomunicación (CNET) y el Centro Nacional de Estudios Espaciales (CNES) estudian el problema desde hace años y para ellos «el salvamento del cohete europeo» no tendría sentido si no se acompaña de un sistema euroafricano de telecomunicaciones espaciales. Francia, deseosa de conservar su influencia cultural y económica en los países africanos, es en esta cuestión particularmente vigilante y activa.

La aparición de un competidor europeo serio permitirá sin duda la revisión de los privilegios norteamericanos en el interior del organismo mundial formado alrededor del COMSAT. En efecto, el artículo 10 de la Carta que ha dado nacimiento a la Intelstat (Interim Committee for Communication Satellite Systems) estipula que «los contratos para el aprovisionamiento de material serán concedidos a la nación cuyas condiciones de precio y de calidad y el respeto a los plazos fijados sean más competitivos». Lo único que queda es ponerse a trabajar.

MARC GILBERT

(Fotos ARCHIVO)